

Connie Mason

EL CABALLERO NEGRO

Traducción de Ana M^a Sánchez y Cristina Pérez



Phoebe

Título original: *The Black Knight*

Primera edición: octubre de 2008

Copyright © 1999 by Connie Mason

© de la traducción: Ana M^a Sánchez Prat y Cristina Pérez Bermejo, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-96952-24-9

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Ilustración de cubierta: Franco Accornero

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA, S.L.

Impreso en España

Para Joe, Matt, James, Alex, Arron, Nick y Mason.
Para que mis siete nietos se conviertan en Caballeros de brillante
armadura.

Prólogo

Un niño aspira a ser caballero

Gales, 1336

El alto e imponente caballero miró fijamente al niño de diez años, inmovilizándolo con unos fríos ojos grises que mostraban una leve compasión.

—¿Sabes quién soy, muchacho?

El chico alzó la vista hacia el extraño caballero, pero no se estremeció bajo aquella mirada de piedra, carente de humor.

—No, señor.

—¿Tú madre no te contó nada sobre tu padre?

—Dijo que era inglés y que no la quería. Se casó con ella y luego la abandonó. ¡Le odio! —afirmó el niño con fiera vehemencia—. Aunque no haya puesto jamás los ojos en él, siempre le odiaré.

—Mmm —dijo el caballero, acariciándose el mentón libre de barba—. Conserva ese odio, muchacho. Aliméntalo. Vas a necesitarlo para superar los años venideros. Este mundo no está hecho para los bastardos.

El niño se irguió con orgullo, alzando la barbilla con gesto belicoso.

—¡No soy ningún bastardo, señor! —declaró—. La abuela Nola me dijo que la unión de mis padres fue bendecida por un sacerdote en la iglesia del pueblo, y ella no miente.

—Te va a costar demostrar tal cosa, muchacho —dijo el caballero con severidad—. Si quieres sobrevivir será mejor que te libres de esas fantasías.

—¿Por qué os preocupa? —le desafió el niño—. ¿Quién sois?

—Tengo entendido que tu madre te llamó Drake —siguió el caballero sin hacer caso de las preguntas del niño—. Eligió bien. Sig-

nifica dragón. Es un buen nombre. Harás bien en recordar su significado y cumplir con lo que augura.

Drake echó un vistazo por encima del hombro, hacia la choza que compartía con la abuela Nola, y la vio de pie en la entrada retorciéndose las manos con inquietud. Parecía asustada. ¿Temía que el caballero inglés fuera a hacerles daño?

El caballero seguía mirando fijamente a Drake como si intentara decidir algo de gran importancia.

—¿Qué estáis mirando? —quiso saber Drake con audacia—. ¿Quién sois y qué queréis de nosotros?

—Soy Basil de Eyre, tu padre.

—¡No! —negó Drake, retrocediendo—. ¡Marchaos! ¡No os necesito! ¡Os odio!

Basil sujetó con fuerza el rígido hombro de Drake.

—Hay mucha ira en ti, muchacho, pero no es algo malo. Tendrás que luchar en cada paso del camino, si quieres sobrevivir. ¿Entiendes lo que te digo?

Drake sacudió la cabeza.

—Aprenderás —vaticinó Basil—. ¿Cómo murió tu madre?

—¿Qué os importa?

Basil le dio un pequeño golpe en la cabeza.

—No me hables así. ¿Cómo murió Leta?

—La fiebre se la llevó. Todos estábamos enfermos, pero sólo murió mi madre. Era la más débil.

El rostro de Basil se ablandó durante un breve instante.

—Una lástima —murmuró. Después su expresión volvió a ser áspera—. ¿Sabes por qué estoy aquí?

—No, y no me importa. Dejadnos en paz a la abuela y a mí. No os necesitamos.

—Creo que lord Nyle no tardará en enseñarte modales. Estaba visitando a Nyle de Chirk cuando conocí a tu madre, ¿sabes? Yo era tan sólo un joven de dieciocho años y me gustaba cazar. Las tierras de Nyle discurren a lo largo de la frontera y cruzamos a Gales para cazar jabalíes. Por casualidad vi a Leta recolectando bayas en los bosques. Pero eso no viene al caso ahora —añadió con displicencia—. Tienes que embalar tus pertenencias y venir conmigo.

A pesar de su bravuconería, a Drake le tembló la barbilla.

—¿Y dejar a la abuela? No, no iré con vos a ninguna parte. No me importa quien seáis.

—Vendrás —insistió Basil.

—¿Cómo os enterasteis de lo de mi madre? ¿Quién os dijo que había muerto?

—Hace años le pedí a Nyle de Chirk que me mantuviera informado de su salud. Sus espías le informaban con regularidad. Le notificaron la muerte de tu madre, y Nyle me envió un mensaje.

Los ojos plateados de Drake, tan parecidos a los de su padre, brillaron con odio implacable.

—¿Por qué? Jamás nos quisisteis.

—Es complicado —explicó Basil—. Mi padre ya me había prometido a Eloise de Leister y no permitió que se rompieran los esponsales. Tengo una esposa y un hijo unos meses mas joven que tú. Eso es lo único que tienes que saber. Ahora vete y empaca tus cosas.

—¿Dónde me lleváis?

—Al castillo de Chirk. Waldo, mi hijo y heredero está siendo educado por Nyle de Chirk. Dentro de unos años se convertirá en caballero, y tú vas a ser entrenado para convertirte en su escudero.

Drake sacudió la cabeza con vigor.

—¡No, yo quiero ser un caballero!

—Los bastardos no se convierten en caballeros.

—Seré un caballero —declaró Drake con la determinación de un niño de diez años.

—Conserva esa tenacidad, muchacho, vas a necesitarla.

Capítulo uno

El amor da coraje a un caballero

Castillo de Chirk, 1343

Raven de Chirk lo arrinconó en un recoveco del gran salón. Le había pedido que se reuniera con ella al atardecer para hablar de algo de suma importancia. A los diecisiete años, Drake Sin Apellido, como había sido cruelmente apodado por su hermanastro Waldo, no estaba preparado para la alarmante petición de Raven.

—Bésame, Drake.

Drake ofreció a Raven una sonrisa burlona y mantuvo a distancia fácilmente a la impetuosa hija de doce años de Nyle.

—Sabes que no puedo. Estás prometida a Aric de Flint —le recordó Drake—. La audacia no te sienta bien, Raven.

—¡No me casaré con Aric! —afirmó Raven con toda la vehemencia de la que fue capaz—. Quiero casarme contigo. ¿No te gusto ni siquiera un poco, Drake?

—Sí, Raven, pero sabes que es a tu hermana a quien amo. Daria lo es todo para mí.

—Daria está prometida a Waldo —declaró Raven.

Drake bajó la voz.

—¿Puedes guardar un secreto?

Raven asintió con la cabeza, sus verdes ojos desorbitados por la curiosidad.

—Daria y yo vamos a escaparnos juntos —confesó él.

—¡No! ¡No puedes! —exclamó Raven, horrorizada—. Daria está jugando contigo. Jamás se casaría con un hombre sin tierras ni riquezas propias. Sólo tiene catorce años y es voluble. No te ama como yo.

Un destello de ira oscureció los plateados ojos de Drake.

—Tú sólo tienes doce, y demasiada imaginación si esperas casarte conmigo.

Ella dio una patada.

—¡No es una fantasía! Daria no es para ti.

—¿Qué derecho tienes a decirme quién es la persona adecuada para mí?

—Padre nunca lo permitiría. No eres nadie, sólo un aprendiz de escudero. Waldo no tardará en conseguir sus espuelas y es el heredero de un condado.

—No necesitas recordarme que soy un bastardo —dijo Drake, colérico—. Waldo me recuerda mi infame nacimiento y mi posición todos los días desde que llegué a Chirk. Puede que tengamos el mismo padre, pero eso es lo único que tenemos en común. Al menos Daria no me ve del mismo modo.

—Te aconsejo que lo medites con cuidado antes de hacer alguna temeridad —aconsejó Raven—. Daria está enamorada del amor. Puede que piense huir contigo, pero para ella no significará nada excepto una gran aventura. Créeme si te digo que se sentirá aliviada cuando padre la encuentre y la traiga a casa. Será a ti a quien castigue.

A los diecisiete años, Drake era un solitario; había sido así desde su llegada a Chirk. Tenía pocos amigos entre los otros chicos que se adiestraban para ser escuderos. Y los que estaban destinados a la caballería no tenían tiempo para Drake Sin Apellido. Waldo, Duff de Chirk, hijo de lord Nyle, y sus amigos, se burlaban despiadadamente de él y había aprendido, desde una edad temprana, a defenderse de los matones.

A los quince años, Drake cayó enamorado, sin esperanzas, de Daria de Chirk, y tenía muchas razones para creer que ella correspondía a sus afectos.

—Estás equivocado en cuanto a Daria, Raven —contestó Drake con aspereza—. Ella me ama. Waldo puede encontrar otra heredera para casarse.

Raven suspiró con tristeza. Drake estaba equivocado respecto a Daria. Puede que permitiera que Drake le robara besos, e incluso le animara a creer que se casaría con él, pero nunca jamás se casaría en contra de los deseos de su padre. Raven, por el contrario, desafiaría al mismísimo diablo para conseguir el amor de Drake. Raven conocía

bien a su hermana. Drake era un muchacho apuesto y Daria disfrutaba de sus atenciones, pero nunca se casaría con él. Estaba destinada a convertirse en condesa algún día, y no iba a hacer nada para perjudicar su compromiso con Waldo. ¿Por qué Drake no era capaz de verlo?

En ese preciso momento, Waldo y Duff asomaron sus cabezas por el hueco donde conversaban Raven y Drake.

—¿Qué hacéis ahí los dos? —preguntó Duff con desconfianza—. ¿Intentas seducir a mi hermana, Drake Sin Apellido?

—Sir Bastardo siempre aspira a lo que no puede tener —se burló Waldo.

A diferencia de Drake, que se parecía mucho a su padre, Waldo no guardaba ningún parecido con Basil. A sus dieciséis años era fornido, con el tipo de constitución que se convertiría en grasa con los años. Era tan rubio como Drake moreno, y sus ojos eran de un color azul claro en vez de un fascinante plateado. No era feo, pero había algo en su interior que sí lo era. Drake había soportado el impacto del odio de Waldo desde el día que se conocieron, siete años antes.

—Fui yo quien le pidió a Drake que se reuniera aquí conmigo —admitió Raven con franqueza—. Sólo estábamos hablando. Drake es mi amigo.

—La próxima vez, habla en donde todos puedan verte —aconsejó Duff—. Si padre llegara siquiera a sospechar que Drake intenta seducir a su hija, lo desterraría de Chirk o algo peor.

—Te he dicho...

Drake apartó a Raven.

—No seduzco niñas y tampoco necesito que me defiendas, Raven. Soy completamente capaz de librar mis propias batallas.

Waldo avanzó un paso, con su rubicunda cara más roja que de costumbre. Era evidente que había bebido demasiada cerveza de la que se había servido durante la cena.

Echó la cara hacia delante, hasta que su nariz quedó pegada a la de Drake.

—Escúchame bien, sir Bastardo —dijo, atacando a Drake con el desagradable hedor a cerveza agria—, no eres más que un aprendiz de escudero. Hablando con tanta insolencia a tus superiores, obtendrás la ira de lord Nyle. Eres un bastardo, nunca lo olvidas.

El rostro de Drake se convirtió en piedra, dando mudo testimonio de la profunda amargura enterrada en su interior.

—No vas a permitir que lo olvide —masculló entre dientes—. Préstame atención, Waldo de Eyre: algún día Drake Sin Apellido tendrá un nombre y demostrará su valor.

—¿Cómo escudero? —lo retó Duff.

—Como caballero —respondió Drake convencido.

—Yo le creo —intervino Raven, en defensa de Drake.

—Vete a la cama, hermana —ordenó Duff—. Eres una muchacha insolente y eso no te conviene. ¿Qué diría Aric de Flint si supiera que coqueteas a sus espaldas?

Duff, el único hijo varón de Nyle de Chirk, era un joven corpulento, de cuerpo robusto y cerebro pequeño. Era un seguidor, no un líder. A pesar de ser tres años mayor que Waldo, Duff seguía a este como una marioneta. Cuando se dio cuenta de lo mucho que Waldo despreciaba a su hermanastro, se apresuró a tratar a Drake con el mismo desprecio.

Nyle de Chirk estaba casi siempre ausente, luchando en las guerras del rey Eduardo y, cuando estaba en casa, no hacía nada para detener los abusos, tanto físicos como verbales, que sufría Drake por parte de Waldo y de Duff. De hecho, nunca los notó siquiera. Eran las dos encantadoras hijas de Nyle quienes favorecieron a Drake con su atención.

Con diecisiete años, Drake era un joven bien proporcionado, resultaba más que atractivo y poseía una musculosa, aunque algo desgarrada, constitución, y unos hipnotizantes ojos plateados. Pronto dejó atrás la pubertad, capturando las miradas de toda doncella posible que se cruzaba en su camino. Pero a Drake sólo le interesaba Daria, la mujer con la que planeaba casarse. Los rasgos de Raven eran casi perfectos, aunque careciera de la etérea belleza de Daria, pero era demasiado osada y franca para el gusto de Drake. En opinión de éste, Daria no sería feliz con Waldo.

Raven miró tranquilamente a Duff.

—No me importa lo que diga padre: no me casaré con Aric.

Tras decir aquello, se fue enfadada, su largo pelo castaño rebotando contra la espalda, a pesar del velo y del arete que, supuestamente, debía mantenerlo en su sitio.

—No envidio a Aric —dijo Waldo, aunque sus ojos desmentían sus palabras, mientras miraba la espalda de Raven con lujuria apenas oculta—. No va a ser tarea fácil domar a Raven.

—Tú hiciste una acertada elección con Daria —contestó Duff con aprobación—. Es dulce y dócil.

—De todas formas —reflexionó Waldo mientras observaba alejarse a Raven—, no es malo que una mujer tenga algo de espíritu. Si Raven fuera mía, no tardaría en doblegarse a la autoridad. Me complacería mucho domarla.

—Sólo tienes dieciséis años —se burló Drake—. ¿Qué sabes tú de domar a una mujer o disfrutar de ella?

—Mas que tú, sir Bastardo.

Drake apretó los labios. Odiaba ese mote. Waldo le había apodado sir Bastardo el día que llegó al castillo de Chirk anunciando con osadía que algún día llegaría a ser un caballero. Por supuesto, Waldo se había reído de él y, desde ese día en adelante, Waldo y Duff le llamaban Sir Bastardo o Drake Sin Apellido.

—¿No dices nada, sir Bastardo? ¿Has poseído alguna vez a una mujer? ¿O el código de honor que sigues te prohíbe disfrutar su cuerpo?

—Cuando me case llegaré puro a mi esposa —contestó Drake, pensando en Daria y en cuánto disfrutaba besándola, siendo lo único que se había permitido hacer.

—Sólo los tontos se aferran a un código de honor tan estricto —replicó Waldo—. Hay que disfrutar de las mujeres. Algunos sacerdotes aseguran que no tienen alma. Dicen que si una mujer se niega a someterse a la voluntad del hombre, debe ser golpeada hasta la sumisión. Puede que yo tenga dieciséis años, pero he aprendido a disfrutar de las mujeres del modo en que Dios dispuso que debiera disfrutarse de ellas. Cuando me disgustan, sé como hacer que se arrepientan. ¿No estás de acuerdo, Duff?

Duff tragó saliva de manera evidente.

—Bueno sí, pero no desearía ver maltratada a ninguna de mis hermanas.

—Mataré al que haga daño a Daria —amenazó Drake, mirando fijamente los pálidos ojos de Waldo.

Waldo se echó a reír pero retrocedió un paso.

—De modo que a quien deseas es a Daria —dijo—. Deja en paz a mi prometida, sir Bastardo. Seré yo quien le quite la virginidad durante nuestra noche de bodas. No lo olvides.

—Recordaré muchas cosas —masculló Drake.

—Vamos Duff, dos atractivas doncellas nos están esperando en el pueblo. Quizá encontremos un pajar donde tumbarlas.

Drake los vio marcharse con los ojos entrecerrados por el odio. No podía permitir que Waldo se casara con Daria. Waldo no seguía el código de la caballería. Mancillaba todo aquello que tocaba. De niño había sido un matón, pero al tiempo que dejaba atrás la niñez, su maldad se fue haciendo más pronunciada. Puede que Drake no fuera un caballero, pero respetaba el código de la caballería y dudaba de que Waldo llegara alguna vez a ser un caballero en todo el sentido de la palabra.

Un verdadero caballero respetaba a las mujeres.

Una semana mas tarde, Drake vio a Daria entrar sola en la halconera y la siguió, impaciente por hablar en privado con ella. Drake había estado montando a caballo durante toda la jornada, y estaba sudoroso y cansado, pero cuando vio hacia dónde se dirigía Daria, se apresuró a seguirla.

Pronunció su nombre en voz baja.

Daria se volvió y sonrió al verle.

—Te vi y esperaba que me siguieras —declaró con timidez, estirándose para depositar un dulce beso sobre sus labios—. He venido a ver como está mi halcón favorito. Ayer le hirió otro halcón.

A Drake no le preocupaba el halcón. Deseaba atraer a Daria entre sus brazos y presionar su cuerpo contra el suyo, pero se abstuvo de intentarlo. Aunque su cuerpo de diecisiete años ansiara experimentar el amor, sólo quería hacerlo con Daria, y se negaba a deshonrarla.

—Tu padre ha regresado hoy —dijo.

—Así es. Se están llevando a cabo los planes para casarme en breve con Waldo. Tengo casi quince años y Waldo está presionando a padre para que ponga una fecha.

—¿Es lo que tú quieres?

Ella se encogió de hombros y bajó la mirada.

—Debo obedecer los deseos de padre.

Drake sujetó sus delgados hombros.

—No. No puedes casarte con Waldo. No sabes cómo es.

Los ojos color avellana de Daria brillaron de malicia, algo que Drake habría notado de no haber estado tan enamorado.

—No hay nada que pueda hacer —dijo Daria impotente.

Drake la acercó más a él, aunque procurando no permitir que entrara en contacto con la parte endurecida de su cuerpo que le estaba atormentando sin piedad.

—Podemos fugarnos para casarnos —dijo muy serio—. Ya lo hemos hablado. Cuando estemos casados te protegeré con mi vida —al ver que ella abría mucho los ojos, añadió—: No te sorprendas tanto, otros muchos antes que nosotros han huido de sus familias para casarse.

—Lo sé, pero... bueno, jamás pensé que decías en serio lo de fugarnos para contraer matrimonio.

—Te amo, Daria. Seguro que a estas alturas ya lo sabes. Tienes catorce años, casi quince, suficientes para casarte, y yo tengo diecisiete, soy lo bastante mayor como para protegerte.

—Escucha, estoy oyendo algo —se asustó Daria, girándose hacia la puerta.

—No es nada —descartó Drake—. Préstame atención, amor mío. Reúnete conmigo en la puerta esta noche. Cogeré dos caballos de los establos para que nos lleven. No traigas nada excepto una muda de ropa.

—Fugarnos —dijo Daria, repentinamente asustada—. Creía que no... Es... ¿Estás seguro de que es lo mejor?

—Daria, ¿me amas?

—¡Oh, sí! ¿Cómo no iba a hacerlo? Eres apuesto, valiente y galante.

—Entonces, reúnete conmigo en la puerta después de maitines. No me hagas esperar. —La besó con fuerza y se alejó dando zancadas.

Daria le miró alejarse, con la frente fruncida de desconcierto. Coquetear con Drake había sido divertido y ligeramente osado, pero Daria siempre supo que su intención era ser condesa. Puede que Waldo no fuera la idea que tenía de un marido perfecto, pero poseía

todo lo que ella deseaba en la vida. Aunque Drake fuera apuesto, valiente y galante, era un bastardo y carecía de propiedades y fortuna. En cualquier caso, pensó distraída, sería una aventura fugarse con Drake. Ella conocía a su padre, y Waldo la encontraría, pero podía divertirse un poco antes de dedicarse al matrimonio.

Por supuesto, Daria no pensaba entregarle a Drake su virginidad, ya que pertenecía a su marido. Y sabía que Drake no la tocaría si ella no lo deseaba. Sonriendo para sí misma, abandonó la halconera, con su romántico corazón latiendo con frenesí.

Raven esperó a que Daria estuviera de vuelta en la torre antes de salir de detrás del barril tras el que se había ocultado. Se debatía entre la lealtad hacia su hermana y el conocimiento de su talante soñador. En su corazón sabía que Daria no estaba siendo justa con Drake. Daria jamás se casaría con Drake, renunciando a la posibilidad de convertirse en condesa. ¿Debía contarle a su padre lo que planeaban Drake y Daria? Quizá fuera mejor fingir que no había sorprendido la conversación en la halconera. Al final decidió enfrentarse a Daria con lo que sabía.

—¡Has estado escuchando a escondidas! —le espetó su hermana cuando le dijo, exactamente, lo que opinaba de su plan de fuga con Drake.

—No, yo... —Raven se mordisqueó la suave parte inferior del labio, consciente de que no podía mentirle— ¡Oh, de acuerdo! Admito que seguí a Drake hasta la halconera.

—Lo quieres para ti —la acusó Daria.

—Aunque así fuera no importa. Drake sólo te quiere a ti.

Daria se pavoneó ante Raven.

—Dice que me ama.

—No puedo creer que de verdad vayas a fugarte. No es propio de ti, Daria. Me parece que estás jugando con Drake.

—¿Y qué si lo hago? Si Drake tuviera título y tierras, me fugaría con él sin dudar. Es más apuesto que Waldo y su temperamento es mucho más agradable. Pero por desgracia, Drake Sin Apellido, carece de poco más digno de elogio, aparte de su agradable cara y su cuerpo.

—De modo que no vas a huir —dijo Raven con alivio—. ¿Ya se lo has dicho a Drake?

—No, se lo diré esta noche cuando me reúna con él en la puerta. Puede que Waldo me trate como un caballero cuando se entere de que tengo intenciones de fugarme con Drake.

Raven entrecerró sus verdes ojos.

—¿Cómo va a enterarse Waldo?

—Lo sabrá —afirmó Daria, confiada.

—Pero... ¿Cómo?

—Tengo cosas que hacer —contestó Daria con desdén—. Hablaremos de ello más tarde.

Furiosa por la falta de sentimientos de Daria hacia Drake, Raven decidió ir en busca de este para decirle que Daria no tenía intención alguna de fugarse con él. Logró hablar en privado con Drake cuando le siguió al exterior después de la cena.

—Drake —lo llamó con suavidad.

Drake se detuvo, escrutó la oscuridad y descubrió a Raven entre las sombras de la torre.

—Raven, ¿eres tú?

—Sí. Por favor, Drake, quiero decirte algo.

—De acuerdo, pero rápido. Tengo que preparar algunas cosas.

—De eso es de lo que quiero hablar. Sé que planeas fugarte esta noche con Daria. Cometes un grave error, Drake. Daria no tiene intenciones de huir contigo.

El joven rostro de Drake se endureció, y sus ojos adquirieron un brillo amenazador, dando un indicio de que la oscuridad de su interior amenazaba con estallar.

—No intentes disuadirme, Raven. Mentir no te sienta bien.

—Te estoy diciendo la verdad. Daria te está utilizando para poner celoso a Waldo. No te reúnas con ella esta noche. Tengo un terrible presentimiento.

—Vete Raven. Tu preocupación es infundada.

—¡Se lo diré a padre! —gritó Raven.

Drake dio un paso amenazante en su dirección y Raven se estremeció. Nunca había visto ese aspecto de Drake. Tenía los puños apretados a los costados y la barbilla echada hacia delante en ademán belicoso. Su expresión era dura y cruel. Todo su odio estaba di-

rigido hacia ella, y, por primera vez desde que lo conocía, se asustó.

Se dio media vuelta y huyó, sin esperar a conocer sus intenciones. Se trataba de un Drake al que Raven no conocía. ¿Acaso no se daba cuenta de que ella jamás lo traicionaría? Simplemente quería avisarlo, advertirle que estaba coqueteando con el peligro. Le tenía mucho cariño a su hermana, pero sabía que las miras de Daria estaba puestas mucho más arriba que en un bastardo sin tierras. Puede que disfrutara del flirteo con Drake, pero era con Waldo con quien pretendía casarse. A pesar de las duras palabras que le había dirigido Drake, Raven planeaba esconderse esa noche en la puerta y hacer lo que estuviera en su mano para detener esa locura.

Drake paseaba impaciente ante la puerta cubierta de parras. Daria llegaba tarde. Los caballos que había cogido en los establos estaban seguros en un área boscosa, más allá de las murallas exteriores; había tomado las mayores precauciones para ocultar su huida. Oyó una voz y aguzó los sentidos. Se dio la vuelta y allí estaba ella, a su lado. La atrajo impulsivamente a sus brazos y la besó.

—Temía que hubieras cambiado de idea —susurró—. ¿Estás lista? ¿Dónde están tus cosas?

Daria echó una mirada furtiva a su espalda.

—Bueno... las olvidé.

—No importa. Tuve suerte en la justa y conseguí ganar unas monedas. Más tarde podemos comprar lo que necesites. —Cogió su mano—. Vamos, es hora de irse.

De repente, unos pasos corriendo resonaron en la oscuridad. Drake se giró, aturdido al ver a unos hombres avanzando hacia ellos con antorchas. En una reacción instintiva, aferró la mano de Daria e intentó sacarla por la puerta. Alguien le ordenó que se detuviera. Lord Nyle.

Segundos después estaba rodeado por Nyle, Waldo, Duff y varios hombres armados. Por el rabillo del ojo vio aparecer a Raven de entre las sombras y supo exactamente lo que había sucedido. Raven se lo había dicho a su padre.

En carne viva, consumido por el odio que crecía en su interior. Traicionado por una mujer celosa. No, por una niña vengativa que

se creía una mujer. Era una buena lección. Jamás lo olvidaría ni perdonaría. Hasta el día de su muerte, recordaría que Raven de Chirk lo había traicionado. Contempló con frialdad como Waldo arrancaba a Daria de sus brazos y la empujaba hacia su hermano.

—Has traicionado mi confianza, Drake Sin Apellido —declaró lord Nyle—. Debería matarte, o al menos azotarte, por haber deshonrado a mi hija. Pero debido a la amistad que me une a tu padre, seré clemente.

—No se merece ninguna indulgencia —gritó Waldo.

Drake vio que Raven se le acercaba y le dirigió una mirada hostil. Sintió una gran satisfacción cuando la vio estremecerse. Si pudiera ponerle las manos encima, haría algo más que temblar, pensó con tristeza. Le hubiera proporcionado un enorme placer verla encogida de angustia ante él, implorando una compasión que se negaría a darle.

Desechando sus pensamientos sobre la traidora Raven, se concentró en las palabras de lord Nyle.

—Como castigo, serás desterrado de Chirk. Tienes diecisiete años y no eres ni caballero ni escudero. Encontrar tu camino en la vida sin mi ayuda no va a ser fácil, pero no puedo perdonarte por tomarte libertades con mi hija. Daria es la prometida de Waldo de Eyre, si es que todavía la quiere.

Drake irguió con orgullo toda su desgarbada estatura.

—No me he tomado ninguna libertad con vuestra hija, lord Nyle. No hicimos nada excepto intercambiar uno o dos besos castos. Jamás la deshonraría.

—Bien dicho, Drake, pero eso carece de importancia. Ya no eres bienvenido ni en mi casa ni en mis tierras. Ahora vete, antes de que cambie de idea y te meta en una mazmorra durante el resto de tu vida.

—Entérate de que, aun así, me quedaré con Daria —se burló Waldo—. Nunca será tuya. Ocupará mi cama y engendrará a mis hijos. Llévate esa idea contigo, sir Bastardo.

Una vez dictada sentencia, lord Nyle cogió a Daria del brazo y se la llevó. Los demás les siguieron. *Este es el peor momento de mi vida*, pensó Drake, mientras permanecía solo en la oscuridad. No sólo había perdido su hogar, sino también al amor de su vida. Y todo

por culpa de una niña celosa. La traición de Raven le había costado todo.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Raven salió de entre las sombras.

—Yo no te traicioné, Drake, de verdad —dijo en tono suplicante—. No puedo soportar tu odio.

—Lo soportarás hasta el día de tu muerte —juró Drake—. Nunca te perdonaré, Raven de Chirk. ¿Por qué lo hiciste? Creía que éramos amigos.

—¡Lo éramos! ¡Lo somos! Drake, te lo ruego, escúchame. Jamás te haría daño. Te amo.

La respuesta de él fue un resoplido burlón. Aunque no era necesario que dijera nada, su sombría mirada era más elocuente que las palabras. No iba a creerla por muy enérgicamente que negara su culpa. Drake abrió la puerta y salió.

—¿Dónde vas?

—¿Importa?

—Sí. ¿Volveré a verte alguna vez?

—No, si puedo evitarlo.

Entonces se fue, fundiéndose con la oscuridad hasta que ni siquiera su sombra fue visible. Raven cerró la puerta, sollozando como sólo alguien de doce años con el corazón destrozado podría hacer.

El humor de Drake mejoró algo cuando vio que los caballos que había ocultado en el bosque todavía estaban atados donde los había dejado. Uno de ellos era el caballo que su padre le regaló y el otro un palafrén de los establos de lord Nyle. No se sentía culpable en absoluto por haberse apropiado de la yegua. De hecho se sentía bastante contento por haber tenido la previsión de escoger a un animal tan valioso. Además de los caballos, tenía comida suficiente para varios días, las monedas que había ganado en los torneos con otros escuderos y su ropa.

Vendería el caballo de repuesto y buscaría fortuna. Otros habían logrado sobrevivir con menos que él.

De no ser por haber perdido a la mujer que amaba, Drake se hu-

biera considerado afortunado. Era joven, sano y más fuerte que cualquiera de los otros aprendices de escudero. De ser necesario podría sobrevivir sólo de odio.

Se juró que algún día, Drake Sin Apellido tendría tanto un nombre como tierras. Y puede que imitara a Waldo en cuanto a las mujeres. Las buscaría sólo para su placer y nada más. *Si, eso es lo que haré*, se prometió. Había aprendido bien la lección. El amor era doloroso y tenía que evitarlo a toda costa. Nunca más se permitiría ser vulnerable. De allí en adelante, obedecería a su cabeza en vez de a su corazón, y evitaría a las mujeres como Raven de Chirk.